

herejía y el republicanismo, tenían su centro en la Academia romana (1).

En los últimos días de Febrero de 1468 (2), se enteró repentinamente la ciudad de Roma, de que la policía había descubierto una conjuración contra el Papa, y practicado numerosas detenciones, principalmente de literatos y miembros de la Academia romana (3).

Ya hacía algún tiempo se habían esparcido por la Ciudad eterna inquietantes rumores de muy diversas clases, y principalmente se habían propalado profecías acerca de la pronta muerte del Romano Pontífice (4). Paulo II había dado poca importancia á tales parlerías, y sólo comenzó á fijar la atención en ellas cuando llegó á sus manos una carta de aviso de un príncipe secular. Su solicitud aumentó, y maduró su resolución de proceder de hecho, cuando también algunos cardenales comunicáronle parecidas noticias. Aquella misma noche se expidió el mandato de encarcelar á los jefes del complot, y como tales se habían designado al Papa cuatro miembros de la Academia romana: Calímaco, Glauco, Petreyo y Platina. Los tres primeros habían, sin embargo, tenido noticia del peligro que les amenazaba, y logrado escapar

(1) Gregorovius VII³, 570, Creighton III, 44. Schmarsow 27. No hay que admirarse, dice Reumont, (III 1, 345; cf. 509), que la academia infundiese sospechas, si se considera, como después en el siglo xvi la academia tenía conexión con la oposición política, como, por ejemplo, en Florencia, donde se había formado para este fin una jerga especial, sólo inteligible á los iniciados. V. también sobre esto á Reumont Gesch. Toscanas I, Gotha 1876, 258 s.

(2) No 1467, como piensan Ciampi I, 27 y Zöpffel en Herzog, Real-Enzykl. XI², 318 pero tampoco 1469, como indican Reumont III, 1, 344, Marcelino III, 78, L'Épinois, Paul II, 27, Christophe 192, Rohrbacher-Knöpfler 320, Schmarsow 27 y otros.

(3) Para lo que sigue, las fuentes principales son los despachos de los embajadores de Milán. De ellos sólo se conocía hasta ahora el de J. Blanchus de 28 de Febrero de 1468, que Motta publicó en el Arch. de Soc. Rom. VII, 555-559. He tenido la suerte de descubrir en el *Archivo público de Milán*, todavía otras dos importantes *relaciones de J. Blanchus de 28 y 29 de Febrero, así como los *Despachos interesantes de Aug. de Rubeis de 28 de Febrero y 4 de Marzo. Cf. apéndice n.º 84-87.

(4) Un *pronóstico de Gistoldo de Melodía para el año 1469, habla de «mundi evacuatio, cleri decisio, christianitatis depositio etc.» Cod. 4764, f. 193^b de la *Biblioteca de palacio de Viena*. El Iudicium astronomorum de Angel Cato Sinpinas de Benevento (en A. de Tummullis 151 s.) anuncia igualmente cosas horribles: peste y guerra, guerra hasta contra el Papa, el cual se debe precaver mucho; caveant religiosi, quia multa occulta prodimenta contra eos parantur. El *Archivo público de Milán*, Astrologia, conserva un largo *pronóstico para 1470 de un servita llamado Paulo Veneto.

á tiempo. El mismo Calímaco refiere, en una carta escrita posteriormente para justificarse, de qué manera estuvo al principio escondido en Roma y pudo luego huir secretamente á la Apulia (1).

Además de Platina, fueron después encarcelados en el castillo de Sant-Angelo otros que habían estado en relaciones con los académicos, y en seguida se los interrogó, sujetándolos á tormento. «Cada noche es alguno reducido á prisión, escribe el embajador milanés Johannes Blanchus á 28 de Febrero; de día en día se conoce mejor el asunto, que no era un ensueño, según creía el cardenal Ammanati, sino pura realidad; y el plan se hubiera llevado á efecto, si Dios Nuestro Señor no hubiese protegido al Papa» (2).

Es de sumo interés conocer ante todo, de qué manera el mismo Papa Paulo II tomó este negocio. Hasta ahora habíamos estado reducidos á la relación, bastante concisa, de su biógrafo Canensius, el cual dice que el Papa procedió á hacer un castigo ejemplar contra el escandaloso partido de algunos jóvenes romanos, temerarios y de corrompidas costumbres. Los nombrados habían afirmado que la fe cristiana se fundaba más bien en artificios de algunos Santos que en el verdadero testimonio de los hechos; y que era lícito á cualquiera entregarse á todos los placeres, á la manera de los cínicos. «Esta gente, continúa Canensius, despreciaba tanto nuestra Religión, que tenían por cosa muy afrentosa el ser designados con el nombre de un Santo, y por eso procuraban substituir los que habían recibido en el bautismo por otros nombres paganos. El adalid de esta secta, á quien no quiero nombrar aquí, era un maestro de Gramática de todos conocido en Roma, el cual mudó primero su nombre del modo dicho, y luego también los de sus amigos y discípulos. A éste se adhirieron gentes muy perdidas, como el romano Marco, llamado Asclepiades; el veneciano Marino, llamado Glauco; un cierto Pedro, que se llamó Petreyo, y un toscano por nombre Damián,

(1) Zeissberg 352. Cuando se descubrió la conjuración, Pomponio Leto se hallaba en Venecia.

(2) Arch. d. Soc. Rom. VII, 557, Platina (781) dice: que en conjunto fueron 20 los presos, lo cual podría ser exacto. Tiraboschi (VI, 1, 315) sospecha, que Jorje de Trebisonda pertenecía también á los compañeros de desgracia de Platina. Cf. ibid. I, 140 y Garampi, App. 119 sobre Vianesio Albergati, que ordenó el empleo de la tortura.

que tomó el de Calímaco. Estos se habían conjurado para asesinar al Papa (1).

Si ya esta narración presenta el suceso desde el punto de vista de «la conservación de la fe y la moral» que al Papa competía, aún se manifiesta esto más claro por las relaciones recientemente descubiertas de los embajadores milaneses, las cuales, á causa de su proximidad y objetividad, deben ser consideradas como fuentes históricas de primer orden (2).

No era fácil á los delegados de la Liga, que por entoces se hallaban en Roma, obtener noticias verdaderamente auténticas acerca de lo acaecido en los últimos días; pues por todas partes se referían las cosas más extrañas y diversas (3).

Aun acerca del día determinado para la ejecución del complot, eran muy diferentes las noticias: algunos juzgaban que el asesinato del Papa debió haberse perpetrado el miércoles de ceniza, después de la misa pontificia; mientras otros señalaban el domingo de carnaval, en que todo el pueblo, aun los guardias del Papa, solían correr á la fiesta que se celebraba en el Monte Testaccio. Otros decían á su vez, que el domingo de Ramos había sido el día escogido para perpetrar el crimen. Narrábase además, que los conjurados, para la realización de su plan, se habían puesto en inteligencia con un romano desterrado y perteneciente al partido de los Orsini, que se llamaba Lucas de Tocio, y vivía en Nápoles, donde era consejero real en la corte de Ferrante I; y se pensaba que éste andaba á su vez en relaciones con otros desterrados. De 400 á 500 de éstos debían introducirse secretamente en Roma, y ocultarse en las ruinas de las casas que se habían derribado para engrandecer el palacio pontificio. De otra parte se tenían que reunir con los conjurados propiamente dichos, otros 40 ó 50 comprometidos en el complot; los cuales habían de promover una riña delante del palacio pontificio, con los criados de los cardenales y

(1) Canensius 78-79. Voigt II^o, 239, hace notar sobre esto, que dicha relación es tanto más ingenua, cuanto menos barrunta la gravísima importancia del suceso. Pecci en su memoria en el Arch. d. Soc. Rom. XIII, 505 ha ignorado enteramente todo esto y las relaciones por mí nuevamente alegadas.

(2) Como quiera, los embajadores de Milán no estaban prevenidos contra Platina, antes bien cuenta el mismo, que más tarde los embajadores de Venecia y Milán intercedieron en su favor con Paulo II.

(3) Lo que sigue está tomado de las *Relaciones de Aug. de Rubeis y Joh. Blanchus de 28 y 29 de Febrero de 1468, copiadas en el apéndice loc. cit. *Archivo público de Milán*.

prelados que allí estuvieran esperando, para ocupar de esta manera la atención de la reducida guardia del Papa. Esta pendencia había de ser, para los desterrados ocultos, la señal de penetrar en la iglesia y asesinar allí al Papa con los que le rodeaban; después de lo cual comenzaría un general saqueo, y Lucas de Tocio fundaría una nueva forma de Estado (1).

Todavía eran más terribles los rumores acerca de las ramificaciones de la conjuración; y así, algunos dirigían contra el rey de Nápoles la acusación de que andaba metido en aquel juego, y otros creían que, además del nombrado príncipe, también el rey de Francia tenía parte en la trama; otros, finalmente, señalaban á Segismundo Malatesta (2).

La diversidad de las noticias, dió ocasión á que los embajadores de la Liga interrogaran acerca de todo este asunto al mismo Pontífice, expresándole en esta conyuntura su simpatía y ofreciéndole al propio tiempo el auxilio de sus soberanos. La relación de esta audiencia, hecha por los embajadores milaneses, se ha conservado en dos diferentes documentos escritos á raíz de los sucesos (3). Y aquí se puede reconocer con toda la claridad que desearse pudiera, que el Papa distinguió desde un principio clara y determinadamente: la vida inmoral y la incredulidad de muchos académicos—su herejía, como la llaman compendiosamente los embajadores—, y la conjuración contra la persona del Papa (4).

Acerca del primer punto les comunicó Paulo II muy graves noticias, según las cuales, los académicos aparecían como totalmente paganos y materialistas. «Niegan á Dios, continuó el Papa; afirman que no hay otro mundo fuera de éste visible; que el alma muere con el cuerpo, y que, por consiguiente, es permitido al hombre entregarse á todos los deleites sin respeto á los manda-

(1) La semejanza con el plan de Porcaro se manifiesta bastante clara; v. nuestro tomo I, vol. II, p. 238 ss.

(2) J. Blanchus en el Arch. d. Soc. Rom. VII, 559. Sobre las alternativas relaciones que hubo entre Paulo II y S. Malatesta v. Tonini V, 308 s.

(3) V. apéndice n.º 85 y 86 (*Archivo público de Milán*). Según Pellini 695 los perusinos enviaron también un embajador á Roma, para ofrecer su ayuda á Paulo II contra los conjurados, é invitarle á que se trasladase á Perugia. Sin duda que este delegado escribió alguna relación á su ciudad; con todo no he tenido la suerte de hallar carta alguna perteneciente á esto en el *Archivo de Perugia*. Tal vez otro sea más afortunado.

(4) Por consiguiente, no es verdad que Paulo II cambió la acusación el décimo mes después del arresto, como quiere hacer creer Platina (785).

mientos divinos, y que sólo debe procurarse evitar los conflictos con la justicia criminal del Estado» (1).

Paulo II añadió todavía muchas otras cosas repreciables, acerca de aquellos epicúreos, que de hecho parecen haber recibido las doctrinas por Valla expuestas en su libro «Sobre el placer». Despreciaban, dijo el Papa, los Mandamientos de la Iglesia, comían carne en los días de ayuno, escarnecían al Papa y al clero. Los sacerdotes, decían, son enemigos de los legos; ellos son los que han introducido los ayunos, y nos han prohibido tomar más de una mujer (2). Moisés, declaran, engañó á los hombres con sus leyes; Cristo fué un seductor de los pueblos, y Mahoma, hombre de grande espíritu, pero asimismo engañador (3). Se avergüenzan de sus nombres cristianos y prefieren otros gentílicos, y se permiten asimismo los más escandalosos vicios de la Antigüedad. Algunos de estos librepensadores, parecen haber tenido el designio de ponerse en inteligencia con los turcos. Estos hombres peligrosos y entregados al escepticismo religioso y político, difundían por todas partes vaticinios acerca de la próxima muerte del Papa, diciendo, que después se seguiría la elección de otro nuevo y las cosas tomarían diferente rumbo.

Como principales adalides, nombraba Paulo II á Calímaco, Petreyo, Glauco y Platina, y se lamentaba mucho de que los tres primeros hubieran escapado á su castigo. En general, pareció dar el Papa á todo este asunto grande importancia, y acentuó ante los delegados su firme resolución de castigar aquella «herejía», de la que, por desgracia, no había tenido conocimiento antes.

Respecto de la conjuración contra su persona declaró, que tenía conocimiento de los rumores arriba mencionados, y añadió, que no podía dar aún su juicio definitivo acerca de si eran fundados ó no, por cuanto habían huído aquellos á quienes se consideraba como cabezas del complot. Según la relación de uno de los em-

(1) Nótase la consonancia de Canensius con las indicaciones mencionadas en la pág. 43. También en las *poesías de Giacomo Ptolomei da Siena, encarcelado en el castillo de Sant Angelo, hay un epígrafe: Capitolo del dicto Jacomo a Papa Paulo II il quale lo tiene prigione perche havea inteso che era stato detto che poco credeva in Christo. Cod. 19, 908, f. 47^b del *Museo Británico de Londres*.

(2) Es notorio que en el mencionado escrito también Valla abogó por la comunidad de las mujeres que pedía Platón; v. nuestro tomo I, vol. I, p. 126.

(3) Esta doctrina es el pensamiento fundamental del tratado: *De tribus impostoribus*. Cf. la edición de Weller, Heilbronn 1876.

bajadores mencionados, conjeturaba Paulo II al principio, que el monarca husita de Bohemia Podiebrad andaba por ventura en el asunto de la conjuración, y le parecía al Papa muy creíble, que un hereje prestara auxilio á otro (1).

En alto grado desasosegaba al Papa especialmente el rumor que se refería á Lucas de Tocio, el cual había ya desempeñado algún papel en las turbulencias que ocurrieron en tiempo de Pío II. En seguida despachó á Nápoles un rápido correo, para enterarse de si aquel hombre se había efectivamente ausentado de dicha ciudad. Y como fuera de esto se afirmaba que Tocio había remitido 1.000 ducados á los guardias del castillo de Sant-Angelo para lograr apoderarse de la fortaleza, hizo Paulo II practicar una amplia investigación, que, sin embargo, no dió por de pronto resultado alguno. Ya entonces se creía que quien había hecho la referida declaración sólo había tenido el designio de obscurecer las cosas para apartar de su cabeza el castigo (2).

El Papa hizo prometer la suma de 300 ducados á quien descubriera el lugar donde se ocultaban Calímaco, Glauco y Petreyo, y 500 ducados para averiguar el de Lucas de Tocio; y abrigaba la esperanza de que lograría hacer prender á algunos, ó por ventura á todos aquellos conjurados (3). A 29 de Febrero se creyó haber encontrado la pista de Calímaco (4), el cual pasaba, junto con Lucas de Tocio, por la personalidad más importante.

Como puede suponerse, se registraron también las casas de los fugitivos, y allí se encontraron desvergonzados poemas que ponían de manifiesto la vida inmoral de los académicos (5).

El Papa no podía menos de estar muy propenso á creer en la posibilidad de una semejante conjuración. De los vengativos abreviadores podía temerse cualquiera cosa; y que un iluso humanista, entusiasmado con antiguos ideales republicanos, pudiera llegar á ponerse al frente de una conjuración, se había experimentado ya en el caso de Estéfano Porcaro. Los gibelinos romanos conspira-

(1) *Relación de Joh. Blanchus de 29 de Febrero de 1468. *Archivo público de Milán*, v. apéndice n.º 86.

(2) *Relación de Joh. Blanchus de 29 de Febrero de 1468. *Archivo público de Milán*, v. apéndice n.º 86.

(3) *Relación de Augustinus de Rubeis de 28 de Febrero de 1468. *Archivo público de Milán*, v. apéndice n.º 85.

(4) *Relación de Joh. Blanchus de 29 de Febrero de 1468. *Archivo público de Milán*. Cf. Apéndice n. 86.

(5) Cf. la *relación citada en la n. 3.

ban infatigablemente; y era más que verosímil que se hubieran puesto en inteligencia con los cabecillas de los revoltosos de la Ciudad, y con los desterrados que estaban fuera de ella. Paulo II debía recordar todavía vivamente, de qué manera, en tiempo de su antecesor, había invocado Tiburcio, á la cabeza de otra semejante pandilla de catilinarios, la renovación de la antigua libertad romana y la necesidad de echar de sí el yugo de los clérigos. Una cosa semejante amenazaba haber ocurrido ahora, si el decidido Pontífice, con su enérgica manera de proceder, no hubiese sofocado en sus mismas raíces el prurito de los revolucionarios, y no se hubiese procurado, por medio de una exacta investigación, un verdadero conocimiento de la situación de las cosas (1).

No se podrá conocer nada enteramente cierto acerca de esta investigación, que fué dirigida por el cardenal Barbo, y en la cual tomó vivo interés Paulo II, mientras no se descubran las actas del proceso; y sólo entonces poseeremos los medios de comprobar perfectamente lo que tenga de verdad la extensa relación de Platina, la cual, aunque solamente se atendiera á la parte que tuvo su autor en todo este asunto, no puede emplearse sino con suma prudencia (2). En realidad, esta narración incurre en graves contradicciones con hechos por otra parte acreditados (3).

Es indudablemente una grosera falsedad, lo que refiere Platina en su Vida de Paulo II: que el narrador había demostrado en su audiencia, ser imposible que el perezoso Calímaco, desprovisto de todo apoyo, fuese autor de una conjuración. Antes bien por las cartas que escribió Platina durante el tiempo de su prisión, se descubre lo contrario; es á saber: que echó toda la culpa á las locuras del jactancioso Calímaco. «¡Quién, exclama en uno de aquellos escritos; quién había de creer, que sólo los delirios del beodo Calímaco, que nosotros despreciábamos y de que nos burlábamos, habían de ser suficientes para precipitarnos en semejante desgracia! ¡Ay de nosotros, desventurados; que pagamos por la ajena locura

(1) V. Voigt II^o, 238. Cf. Schnaase VIII, 534; Luzio en Gior. d. lett. XIII, 433 n. 4 y Gaspary-Rossi 965. L. Keller (Die Anfänge der Reformation und die Ketzerschulen, Berlin 1897) relaciona la intervención de Paulo II con el proceso de la Inquisición contra los Fraticelli en el año 1466 (v. abajo c. IV). Hasta ahora no se ha traído una prueba de esta conexión.

(2) Para la crítica de Platina cf. Zeissberg 351 s.; Voigt II^o, 237 ss.; Burckhardt II^o, 277 s.; Gregorovius VII^o, 571; L'Epinois, Paul II 278 s.; Creighton III, 274 s.; Tripepi, Religione e storia, Roma 1872.

(3) Cf. especialmente Zeissberg 351.

y temeridad! El insensato dispensador de tesoros y reinos, anda ahora vagando libremente, ebrio de vino y harto de manjares; mientras nosotros, que fuimos bastante imprudentes para no descubrir los ensueños de aquel hombre demente, nos vemos atormentados y detenidos en una prisión.» Casi en todas las cartas de aquella época, se repiten las acusaciones de este género contra el cómplice ausente (1).

Asimismo la constancia que pretende Platina haber mostrado en la audiencia y en el tormento, ha de ser relegada al reino de las fábulas.

De nuevo tenemos aquí por testigos, los escritos de la época de su encarcelamiento. Apenas es posible leer cosa más lamentable que las súplicas que dirigió por escrito al mismo Papa. No por malicia, sino sólo por negligencia, había faltado y dejado de delatar al beodo Calímaco; mas para lo futuro, prometía que, cualquiera cosa que oyese, aun á los pájaros que pasaban volando, contra el nombre y la salud del Pontífice, había de descubrirla inmediatamente á Su Santidad. Las medidas tomadas para reprimir la licencia de los humanistas, de todo punto las aprobaba; porque es obligación de un buen pastor el conservar su rebaño libre de semejante lepra y de toda enfermedad. Confiesa que, en el tiempo en que se vió destituido de su empleo, se quejó de Dios y de los hombres; mas se arrepiente de ello y hace propósito de no olvidarse de sí en adelante hasta tal extremo. Prometía finalmente, que si se le devolvía la libertad y se le libraba de la miseria, se convertiría en el más ardiente panegirista del Papa, para celebrar en prosa y en verso «la dorada edad de su feliz pontificado». Llegaba á ofrecerse á renunciar á los estudios clásicos, y consagrarse enteramente á la Teología y á la Sagrada Escritura. Pero aquí vuelve á aparecer en la escena el humanista, trayendo á la memoria del Papa, que los poetas y los oradores son los que aseguran á los príncipes la inmortalidad; que Cristo era conocido por los escritos de los Evangelistas y Aquiles por los de Homero. El pensamiento capital de la carta está expresado en las últimas frases: «Dadnos solamente la esperanza, que con las manos plegadas y dobladas las rodillas aguardamos de vuestra misericordia» (2).

(1) Vairani I, 30, 32, 33, 37.

(2) V. el texto original de estas cartas en Vairani I, 30-32.

Gran confianza ponía aquel literato, á quien su calamidad sacaba enteramente fuera de sí, en el prefecto del castillo de Sant-Ángelo, Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Calahorra. También á éste asaltó con elegantes epístolas; y Rodrigo fué bastante cortés para acceder al deseo de Platina, de que también por su parte le solazara con algún escrito. De aquí se originó luego una viva correspondencia entre estos dos humanistas, de los que el uno representaba el Renacimiento cristiano, y el otro el pagano. Rodrigo procuró tranquilizar y animar á Platina, aduciendo motivos religiosos de consuelo; y es muy significativo ver hasta qué punto se mostró éste inhábil para tomar el tono que le daba el obispo. A pesar de sus esfuerzos por evocar reminiscencias cristianas, prepondera en él el elemento antiguo, y ciertas observaciones fatalistas que se deslizaron á Platina, dieron ocasión á Rodrigo para declararle en qué sentido puede hablar un católico de la fortuna y el hado (1).

No menos lamentables que los expresados homenajes y adulaciones de que colmaba Platina al alcaide de su cárcel, son las quejas que dirigía en sus cartas á cierto número de cardenales y preladados, implorando su intercesión. Todos estos escritos están repletos de lisonjas para aquellos á quienes se dirigían, así como para Paulo II y Sánchez de Arévalo. En una de dichas cartas confiesa Platina que le asaltan pensamientos de suicidio; y contra la acusación de irreligiosidad hace valer que, en cuanto lo permite la flaqueza humana, había cumplido en todo tiempo sus deberes religiosos, y que no había tampoco pervertido ningún artículo de la fe. En realidad, no tenía conciencia de otra culpa sino de no haber delatado la parlería de Calímaco (2).

Tampoco Pomponio Leto, que fué remitido al Papa desde Ve-

(1) Cf. Vairani I, 45-66. Sobre Rodrigo Sánchez de Arévalo, además de las obras citadas en nuestro tomo I, vol. I, p. 51, cf. también Saxius, *Onom.* II, 460, Chevalier 2036 y arriba p. 15 n. 5.

(2) V. en particular la carta al cardenal Ammanati publicada por Vairani I, 36-37. Otro compañero de desgracia de Platina escribió durante su prisión poesías en alto grado luctuosas, en las que suplicó al Papa con muchas adulaciones (Ave servo de' servi, ave pastore || Ave prima colonna de la fede || Ave degno vicar del tutto fattore ||) le librase de su terrible cárcel. Estas poesías: *Certi capitoli in terza e quarta rima fatti dall' infelicissimo Giacomo Ptolomei da Siena durante la sua prigionia nel castello di S. Angelo a Roma ad istanza del papa Paolo II, llenan todo un tomo. Cod. 19, 908 del *Museo Británico de Londres*.

necia, se mostró en manera alguna, durante su prisión en el castillo de Sant-Ángelo, el antiguo estoico romano que en otras ocasiones solía representar ostentosamente. Es verdad que al principio parece haberse permitido en el interrogatorio algunas agudezas (1); pero poco después siguió el ejemplo de su amigo Platina, y procuró ganarse con cartas encomiásticas el favor de su carcelero y del Papa (2). Afirmó su inocencia con las más enérgicas frases imaginables; luego rogó que se le concedieran algunos libros, para entretener con la lectura su forzada soledad; pero en lugar de Lactancio y Macrobio, que Pomponio había pedido, envióle Rodrigo de Arévalo su «Tratado sobre los errores del concilio de Basilea». Pomponio no se alegró mucho de este trueque, mas con todo eso, agradeció el libro en un fastidioso escrito encomiástico. Con esto creyó haber preparado el camino para hacer una petición, y aquel mismo día manifestó el deseo de que se le diera un compañero apacible con quien poder comunicar sus pensamientos. Apoyó su solicitud aduciendo la sentencia de la Escritura: «Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumpliréis la Ley de Cristo.» También esta petición le fué otorgada.

En el escrito de defensa que compuso en su prisión, Pomponio Leto se muestra enteramente quebrantado (3). En él ocurre á la inculpación referente al comercio que había tenido con un joven veneciano, remitiéndose al ejemplo de Sócrates. Con Calímaco, empero, después de haber conocido su malicia, no había tenido ninguna relación estrecha. Había alabado al Papa Paulo II en todas partes, y principalmente en Venecia. Que se había desatado frecuentemente contra los eclesiásticos, lo confiesa Pomponio con arrepentimiento; tales expresiones las había pronunciado por eno-

(1) Esto resulta de una alusión contenida en una carta de Platina á P. Leto publicada por Vairani I, 38.

(2) Creighton III, 44-45, 276-284; este autor trae las cartas, copiadas del Cod. 161 de la *Bibl. del colegio de Corpus Christi de Cambridge*. La *Biblioteca Marciana de Venecia* conserva un manuscrito mejor, que ha permanecido ignorado de Creighton.

(3) **Defensio Pomponii Laeti in carceribus et confessio. Cod. Vatic. 2934 P. 1, 305-308. *Biblioteca Vaticana*. Este escrito no lo ha descubierto Gregorovius, como cree Geiger (150), sino de Rossi, quien fué el primero que lo citó (*Rom. sott.* I, 7). Por lo demás, el texto que nos da Gregorovius VII³, 571-572 no es del todo exacto; así debe decir «*effusissimo ore laudavi*», y no «*ignoscate*» sino «*ignoscite*». Una copia de la *Defensio* dispuso Carini per Nozze Cian-Sappa-Flandinet, Bergamo 1894; en este rarísimo escrito de circunstancias hay también noticias preciosas acerca de la vida de P. Leto.